

¿QUIERE USTED QUEDARSE A COMER?

En aquellos dorados tiempos una invitación a comer, lanzada a quemarropa por el jefe de la casa, siendo ésta de medianas comodidades, era un verdadero motivo de turbación general que bien merece los honores de la descripción. Hoy los buenos hoteles y restaurantes son un enorme y seguro recurso del que en el año de gracia de 1876, hace veinte años, no se podía echar mano por varias razones: la primera, porque no los había; la segunda . . . omito las demás.

—Bueno, pues me voy porque ya son las tres y media y . . .

—¡Pero hombre! ¿Cómo va usted a irse con semejante aguacero?

—Es que en casa me estarán . . .

—De ningún modo, quédese usted a comer con nosotros; aquí no hay más que plátanos y picadillo, comida de pobre, pero siempre es bueno hacer penitencia . . .

—Siento tanto molestarlos, pero . . .

—No es molestia; aquí, como en su casa.

—Permítame un momento, voy a avisarle a Toribia.

—Pero que por mí no . . .

El convidado forzado se quedaba solito en la sala contemplando los retratos de los abuelos de sus víctimas, en tanto que el dueño de casa, todo demudado, con cara de viernes de cuaresma, comunicaba la fatal noticia a su costilla, con voz de confesionario.

—¡Toribia, don Esperidión se queda a comer!

—¡Ave María Purísima!

—¿Cómo querías que lo dejara ir con este aguacero?

—¡Bueno, pues yo qué! Vos sabés que ña Chepa tiene muy fea cuchara y que hoy es viernes y no hay olla.

—Andá vos a ver qué preparan y date ligero, porque ya son casi las cuatro.

—¡Pues hijito, afloje el pollo, a ver quién lo mete en camisa de once varas! Hay que mandar a la pulpería a comprar fideos para la sopa, porque la que hay es de guineos celes, y traer siquiera un diez de pan, porque es muy feo poner tortillas; además, no hay huevos y habrá que mandar por unas piecitas y zapotillos de donde las Fernández, porque ¡yo no me animo a darle a ese bendito señor el dulce de chiverre!

—Yo no tengo más de estos diez reales. Vos ve a ver cómo te las componés, porque me da pena dejarlo solo en la sala y voy a acompañarlo.

—Entretenélo siquiera un buen rato.

Don Benigno volvía al lado de don Esperidión con la sonrisa en los labios, en tanto que la pobre doña Toribia acudía presurosa a remediar el mal con más susto que si tuviera el cólera en la vecindad.

—Ña Chepa, tenemos convidado a comer a don Esperidión, ¡mire qué apuro! ¿Hizo las empanadas?

—Yo, ¿dónde? ¿Pos no vido que hoy casi no mandaron posta?

—No me salga con eso, ña Chepa. ¿Y ahora qué hacemos? ¿De qué es el principio?

—Pos angú.

—¡Jesús, María y José!

—Idiái, ¿de qué . . . ? ¿de qué quería que fuera? No hay verduras, ayer se acabó el repollo y yo se lo avisé esta mañana.

—Pero ña Chepa, caramba, podía haberme . . .

—¡Ahora sí que estamos galanos! ¡Hombre! ¡Eso faltaba! Yo no estoy necesitada de estar prendida al fogón

pa mantenerme; si lo hago, es por cariño a don Benigno, pero tampoco pa que me venga usté . . .

—¡Uy! Pero cálese, ña Chepa, que la va a oír ese señor . . .

—Pos no me venga a echar la culpa de . . .

Pero si yo no digo que usted tenga la culpa, ña Chepa . . . ¿Y le he dicho algo?

—No, es que uno porque es probe tiene que aguantar.

—¿Pero yo en qué la he ofendido, ña Chepa? ¡Ve, ya se quemó el lomo!

Un ruido semejante al de un chorrillo de agua cayendo de plano en una laja, salía del fondo de una cazuela y un olor de pavesa de candela de sebo se esparcía por la cocina y pronto por toda la casa, yendo a poner en grave sobresalto al bueno de don Benigno.

El percance se subsanaba con un poco de agua caliente y hacía olvidar el pasajero choque de ama y cocinera. Esta, con una trompa de a jeme y aire altanero, se encaraba a su patrona.

—Bueno, pues eche acá la plata pa ir a mercar lo que haiga que trer.

—¡Pero va volando! ¡Ya está aquí!

La cocinera se encajaba el rebozo azulejo y salía escapada a hacer las compras, en tanto que doña Toribia, después de atizar el fuego y pasar revista a la escuálida despensa emprendía la difícil tarea de poner la mesa.

Nuevos apuros y nuevos obstáculos que vencer: no había más que dos platos hondos, una fuente un tanto resquebrajada, cuatro platitos de diferentes colores y formas, sólo una cucharita de estaño, amén de torcida y deslustrada, los cuchillos mango de hueso, cachiflojos, el mantel con un parchón de caldo de frijoles semejando el mapa de Africa y varios islotes y archipiélagos de achiote y yema de nuevo; servilletas ni una y vasos ni dos.

Ña Chepa llegaba ahogándose con las compras y tirando el rebocillo sobre el cajón de la basura, se prevenía para hacer milagros.

— ¡No se descubije, ña Chepita! Corra donde doña Mónica, la mujer de don Sinesio Retana, y dígale que digo yo que si me hace el favor de prestarme cuatro platos hondos, dos cuchillos, tres vasos, tres servilletas y tres cucharitas, qu'es que hoy se queda a comer don Esperidión, que yo se los cuidó mucho y que a la noche se los devuelvo. ¡No se le olvide nada, corra!

Volvía a salir ña Chepa como una exhalación y, mientras tanto, la apurada doña Toribia ponía los fideos y daba la primera mano a los platos complementarios.

Por fin llegaba ña Chepa con la mitad de lo pedido y con mil recomendaciones de parte de la servicial doña Mónica de Retana, la que mandaba a recordar que todavía no le habían devuelto el salero que les prestó el martes, ni el hacha que les prestó el sábado.

Ama y criada, febriles y sudorosas, se multiplicaban y de sus torpes manos iban brotando unos cuantos manjares de dudosa bondad y tristísima apariencia.

Don Benigno había ya agotado todo su arsenal de chistes; don Esperidión pugnaba por atajar enormes bostezos, el aguacero no escampaba, y ya eran las cinco y cuarto de la tarde cuando doña Toribia, previo un lavado de manos y un arreglo ligero de las mechas del ahumado cabello, aparecía en la puerta de la sala con una "pañueleta" sobre los hombros, un par de chapas rojas en las mejillas, los ojos llorosos a causa del humo y un trapillo amarrado al índice de la mano izquierda como vendaje de alguna reciente cortadura o quemadura.

— ¡Buenas tardes, don Esperidión! ¿Cómo está la niña Salomé? Dispense que no hubiera salido antes a saludarlo, pero . . .

— ¿Cómo está, doña Toribia? Siento tanto haberla puesto en molestias, pero Benigno se empeñó y . . .

— No diga eso, ¿qué molestia va a ser? Usted es el que tendrá que dispensar; pero, ¿quién iba a saber? Ayer se me fue la de adentro, a Uladislao lo tengo con la cara hinchada y ña Chepa, la de los Anonos, que tengo ahora de cocinera, no sirve para nada. Pero véngase a comer, que ya son casi las seis;

¡qué temeridad, podre don Esperidión, no sabe cuánto lo considero!

Seguían excusas de don Esperidión, golpecitos en la espalda dados a éste por don Benigno, a la vez que por encima del hombro dirigía una mirada a su mujer que quería decir: “¿Qué hubo?”, una mueca de aquélla que significaba: “Se ha hecho lo posible”, y huésped y matrimonio se encaminaban al comedor, llevándose de paso a Uladisladito o Lalito, fruto de bendición, de seis años de edad, soltero, escolar y de este vecindario, a quien aquejaba atroz postemilla y arrollaba las quijadas un gran pañuelo verde, dejando a media luz el rojo y abultado carrillo.

La mesa presentaba un aspecto pintoresco, mezcla de pobreza rayana en miseria y de ostentación rayana en ridículo. Sobre el Africa del mantel y disimulando desde Nueva Guinea hasta el Mar Rojo, la bandeja llena de pan francés en rebanaditas transparentes; un salero ancho rebosando sal criolla por sus bordes de vidrio fundido, cubría a medias uno de los archipiélagos, en tanto que un río amarillo de huevo con afluentes de achiote iba a desembocar debajo del plato sopero de don Benigno, ocultando su cauce entre las servilletas y a la sombra de las cucharas.

Los platos llanos, con flores azules de loza ordinaria, se sentían humillados por los hondos de fina porcelana, con orilla de oro y letrero gótico “Mónica de Retana”, entre corona de laurel. En el centro lucía su desfachatez rubicunda una tinajilla criolla sudando agua fresquísima de la que estaba henchida, y parecía desafiar con los bracillos enroscados a un enorme vaso de postrera, color de cielo con estrellas rojas, imitación de cristal de Bohemia, que ocultaba una disimulada rajadura volviendo la lesión hacia el puesto de Lalito.

Ña Chepa, con las enaguas domingueras y un larguísimo delantal de muestras, hacía veces de sirviente y dio principio a su tarea con la humeante sopa de fideos de cuerda.

Lalito abrió desmesuradamente los ojos, o mejor dicho el ojo del lado sano y con voz chillona exclamó “¡Eh, fid . . . !”, cuando un pisotón diestramente dirigido por doña

Toribia, le cortó el aliento, a la vez que su padre le torcía los ojos. Los fideos estaban un si es no es duros y faltos de sal, aunque abundantes de soles de manteca amarillenta. Don Esperidión ya casi había concluido de tragarse la sopa cuando ña Chepa le arrimaba al codo la fuente con el lomo en salsa de sebo rechinado, rodeado de papas color de herrumbre. Un codazo del huésped hacía rodar una papa hasta la bandeja del pan, dibujando un nuevo y caudaloso río, pero Lalito salvaba del océano a aquel náufrago trasladándolo tranquilamente a su plato con la punta de los dedos.

— ¡Chepa!

— ¡Jue que . . .

— ¿Qué es eso, Lalito, no se le ha dicho que . . . ?

— ¡No lo regañe, pobrecito!

El lomo no se dejaba cortar, cada fibra parecía un nervio y cada nervio parecía una correa; las papas navegaban en el mar de sebo rojizo, hasta que un esfuerzo heroico de don Benigno lograba desprender una tajada, que con su correspondiente salsa y papa iba a dar al plato de don Esperidión, que se entretenía en hacer bolitas de miga de pan.

El arroz llegó en plato hondo con su dorada costra.

— Mamá, deme costra de esa, decía Lalito, señalando con el labio inferior el plato de arroz.

— ¿Cómo se dice; ya se le olvidó?

— Hágame el favor, por vida suya, de darme costra.

Don Benigno tosía para atraer la atención de don Esperidión; doña Toribia se mordía los labios y para calmar la tormenta servía costra a Lalito, quien la recibía con la mano y la engullía con un ruido de máquina de picar piedra.

Iguales o parecidos lances ocasionaron un improvisado guiso de plátano maduro con pedacitos de carne, un plato de tomates con masa y unas vainicas envueltas en huevo.

— Coma de estos tomates.

— Gracias, señora, ya he comido mucho y estoy que reviento.

— No sea así, si nada ha probado: el lomo lo dejó, no tomó casi nada de sopa y . . .

—Bueno, pues hágame el favor de servirme una cucharadita . . . ¡Basta!

—Pero revuélvalos con arroz; y vea, estas vainicas no están tan feas . . . ¿le pongo un barbudo?

—Después, gracias.

Así concluía la primera parte de la comida.

Doña Toribia instaba a don Esperidión para que se tomara la postrera; éste se excusaba pretextando que no acostumbraba esa bebida; don Benigno y hasta Lalito hacían coro a doña Toribia y tanto comprometieron al huésped, que por fin lo decidieron.

Don Benigno alzó el brazo para alcanzar el consabido vaso, en tanto que Lalito mostraba sus adelantos en el deletreo leyendo la inscripción del plato en que se habían servido las piezas y zapotillos: “Mo . . . o . . . Mo, n . . . i . . . ni, Moní . . . c . . . a . . . ca, Mónica”. Doña Toribia le dio otro pisotón y el chiquillo separando rápidamente la mano dio en el codo de su padre, lanzando media postrera sobre las barbas de don Esperidión. La confusión llegaba a su colmo. El padre furibundo, arrió un pescozón al chiquillo en la mejilla hinchada, reventándole la postemilla. Don Esperidión se limpiaba tranquilamente los pelos llenos de leche; Lalito ponía el grito en el cielo y doña Toribia, roja hasta la punta del cabello, pedía mil perdones al bañado caballero, en tanto que ña Chepa se esmorecía de risa agarrada al cajón de la destiladera.

A las siete de la noche, bajo una mediana garúa, salía don Esperidión de aquella casa, lleno de achiote y manteca, con la corbata hecha un trapo y la camisa empapada.

Don Benigno, que lo acompañaba hasta la puerta de la calle, con frases melosas y sonrisas dulces, cerraba con estrépito y se dejaba caer desalentado en un sofá; Lalito lloraba a moco tendido con una cataplasma de linaza en el cachete; doña Toribia no volvía del susto, y ña Chepa, hartándose sentada en el quicio de la cocina, con hipo y dolor de estómago, hacía lluvias de arroz que botaba por entre los podridos dientes, a impulsos de una risa inacabable, cada vez

que se acordaba de las barbas llenas de postrera del infeliz don Esperidión.

LA PATRIA, 1º de marzo de 1896